

sas y predios a tres o cuatro funcionarios públicos cuya única actividad, en la mayoría de los casos, es llevar la intranquilidad a los campos.

Yo no me opongo a la idea de legislar sobre todas estas materias relacionadas con el bienestar de la clase obrera; lo que no puedo aceptar es que ellas traigan como consecuencia un intervencionismo exagerado y un aumento, también exagerado, de la burocracia.

Quiero decir al Honorable señor Rettig, en este momento, que si la política de concordia nacional que propicia el Partido Radical exige que despachemos todas estas leyes de carácter social prescindiendo de la realidad económica del País, yo creo, que será imposible seguir esa política de concordia nacional.

Señor Presidente, creo que una política de concordia nacional debe mirar cuál es el verdadero interés del País y no tratar de satisfacer deseos de combinaciones políticas, sin contemplar en toda su integridad el panorama económico del País, y creo que, de acuerdo con la declaración formulada por el Honorable señor Rettig en la sesión de ayer, el Partido Radical seguirá batallando por una intervención estatal cada día mayor en todas las esferas del País, sean éstas económicas o sociales. Temo, repito, que esa política de concordia nacional sea difícil de seguir.

El señor **González**.— Señor Presidente:

Aunque las actuales circunstancias políticas no se muestran muy propicias, por cierto, a disquisiciones de carácter académico, voy a apartarme brevemente del objeto de mi intervención para referirme a algunos de los conceptos que acaba de emitir el Honorable señor Opaso.

Me pareció entender que el Honorable Senador identificaba, en cierto modo, el fascismo y el comunismo con el socialismo.

El señor **Opaso**.— Sí, Honorable Senador.

El señor **González**.— Me parece, entonces, conveniente establecer, en forma muy sumaria por cierto, las diferencias, tanto de medios como de fines, que hay entre el socialismo y las otras dos posiciones doctrinarias a que se ha aludido.

Efectivamente, los regímenes fascistas

ejercieron un control sobre aspectos importantes de la vida económica; y lo ejercieron de acuerdo con los procedimientos generales, de índole dictatorial, que caracterizaron a esos regímenes, y con la finalidad de robustecer el poder del Estado para su expansión militar.

El comunismo, por su parte, si bien es cierto que aparece como sosteniendo los ideales del antiguo movimiento socialista, no lo es menos que, a nuestro juicio, los ha desvirtuado totalmente en sus realizaciones positivas.

Jamás el socialismo pretendió subordinar el individuo a un Estado despótico. Por el contrario, el sentido mismo del movimiento socialista, que comenzó a desarrollarse alrededor de la mitad del siglo pasado, tendía, precisamente, como ya tuve oportunidad de manifestarlo en otra ocasión, a dar una vigencia plena a todas las conquistas de la revolución liberal, que, por las condiciones económicas, sólo resultaban efectivamente válidas para ciertos sectores privilegiados de la sociedad.

Nosotros no pretendemos, señor Presidente, una nefasta burocratización de la economía, la que, indudablemente —en esto hasta podemos coincidir con algunas de las apreciaciones del Honorable señor Opaso—, podría conducir a un robustecimiento tal del poder del Estado, que se vieran amenazadas las libertades individuales. Lo que nosotros queremos es una humanización de la economía; hacer que ella se coloque al servicio de las necesidades humanas en general, y no al servicio de círculos reducidos de la sociedad. Pensamos que esto no puede lograrse sino a través de una socialización del poder económico. Pero, insisto, nosotros no pensamos que la socialización del poder económico sin desmedro de lo que son los auténticos fines del socialismo, fines eminentemente humanistas, deba realizarse a través de un estado todopoderoso, sino a través de las mismas organizaciones de todos los que intervienen en los procesos de la producción y de la distribución de la riqueza. Así se resguardan juntamente el interés colectivo y la necesaria posibilidad de iniciativa creadora de los distintos grupos sociales.

**INCIDENCIAS EN SANTIAGO EN RELACION CON EL ALZA DE TARIFAS DE LOCOMOCION COLECTIVA**

El señor **González**.— He querido esta tarde, señor Presidente, referirme a las graves situaciones que se están produciendo en la capital de la República. Creo que ningún espíritu sinceramente democrático dejará de experimentar frente a ellas una vivísima aprensión. La situación nacional se torna cada día más grave, siguiendo el ritmo del proceso inflacionista que afecta fundamentalmente a los asalariados de este País. El descontento popular, sordo hasta ayer y oculto bajo apariencias optimistas de normalidad social, mantenida por la presión tanto psicológica como policial de leyes represivas, ha comenzado a manifestarse en forma violenta de protesta multitudinaria.

Los hechos que están sucediendo no son, a nuestro juicio, como lo afirma el comunicado gubernativo aparecido en la prensa de hoy, el resultado de una agitación artificial producida por grupos interesados en alterar el orden público, sino que son el síntoma claro de que la crisis nacional está alcanzando una amplitud y una profundidad que reclaman soluciones inmediatas y radicales, si es que se quieren evitar contingencias de imprevisible alcance, y hasta un colapso, quizá, de nuestro régimen institucional.

La crisis chilena —como todos los Honorables Senadores lo saben— agravada en los últimos tiempos, es, por una parte, efecto de las naturales resonancias que tiene entre nosotros la crisis mundial del sistema capitalista, y, por otra parte, efecto de males que se derivan, en gran medida, a nuestro juicio, de una falta de adecuación entre las bases estructurales de nuestro régimen económico social y las necesidades crecientes, tanto materiales como culturales, de nuestra población. Sin incurrir en exageraciones pesimistas, puede sostenerse que atravesamos por una crisis de múltiples aspectos: políticos, económicos y morales, todos ellos correlacionados entre sí y, por ende, dependientes los unos de los otros; unos de mayor evidencia pública que otros, según sea el punto de vista para apreciarlos.

Nadie puede desconocer que la confusión y el desconcierto caracterizan la actual gestión de los gobernantes y de los partidos, comenzando por las más elevadas esferas y jerarquías del Estado.

El señor **Opaso**.— ¿Me permite una interrupción, Honorable colega?

Quiero señalar el caso de un país en que todavía se mantiene, puede decirse, en mayor escala, el régimen liberal. Ese país es Canadá. Y nadie podría negar que es allí donde existe mayor bienestar para todas las clases sociales. No ha habido inflación, que es la consecuencia característica de todas las intervenciones del Estado, derivadas en gran parte de la guerra.

El señor **González**.— No voy a discutir las palabras del señor Senador, pero seguramente resultaría ilustrativo para la materia en debate, que pudiéramos conocer en todas sus manifestaciones la situación actual del Canadá y compararla con aquellos otros países, como el nuestro, en que las exigencias de su propia evolución económica y social obligan a los organismos públicos a intervenir de alguna manera en el proceso económico.

En Canadá, país de grandes riquezas, actuales y potenciales, con una población de carácter bien definido en cuanto a su capacidad de esfuerzos constructivos, en fin, con una serie de ventajas de las cuales no disponemos, es muy probable que el sistema liberal pueda rendir todavía frutos positivos que en otras condiciones o en otros países no son dables.

Decía que no puede desconocerse que la confusión y el desconcierto caracterizan la actual gestión de los gobernantes y de los partidos, y que esto se advierte desde las más elevadas esferas y jerarquías del Estado.

Tenemos un Presidente radical, es decir, miembro de un partido que, doctrinariamente, es, en política, democrático y, en lo económico, como aquí se ha dicho, socializante. Y hemos visto cómo el Presidente de la República propicia, primero, y aplica, en seguida, leyes de carácter represivo que están afectando de una manera muy seria el desarrollo del movimiento sindical de los obreros y de los empleados. Al mismo tiem-

po, da a la política económica y financiera todo el giro liberal que permite nuestra precaria economía.

Y aquí deseo hacer un alcance respecto a lo que significa, aun dentro de un criterio liberal, la organización de los trabajadores y los grupos de intereses que se mueven dentro de cada sociedad. Estimo que, dentro de un criterio liberal, deberían poder hacerlo con la mayor amplitud posible, y así como los sectores capitalistas tienen organizaciones defensivas de sus propios intereses, es justo también que los asalariados, obreros y empleados las tengan y puedan desarrollarlas con la mayor libertad.

Los integrantes de la actual combinación gubernamental no tienen unidad de miras en lo que respecta a ninguna cuestión de carácter fundamental y de verdadera trascendencia. Bastaría, como comprobación de ello, observar o recordar lo que ha sucedido en más de una oportunidad en esta misma Sala. ¿Cómo podría, entonces —nos preguntamos—, afrontar con eficacia los problemas nacionales, que se agudizan constantemente en medio de la pugna de los intereses, de las vacilaciones de los partidos, y, también —lo que es particularmente grave—, de la desmoralización de los espíritus?

La crisis económica no debiera merecernos ningún comentario. Hemos escuchado aquí, de parte de versados economistas, cuál es la grave perspectiva que afronta, en este orden de cosas, el País, como consecuencia de la situación de menoscabo en que se encuentra el cobre en el mercado mundial. Y, presumiblemente, señor Presidente, vamos a escuchar opiniones similares cuando —como lo anuncian agoreros de desgracias— también venga a menos la demanda de otro gran rubro de nuestra riqueza exportable: el salitre.

Los socialistas hemos apoyado y apoyaremos todas las medidas incidentales que se tomen para afrontar dificultades concretas. Pero estimamos que es indispensable un plan de conjunto, que permita detener la inflación; impedir las alzas crecientes del costo de los artículos de primera necesidad y la desenfrenada especulación a que se entregan, sin escrúpulos de ninguna especie, sin asomo siquiera de conciencia pa-

triótica, elementos nacionales y extranjeros.

El señor Ministro de Hacienda nos decía, no hace mucho, que las circunstancias obligaban a hacer sacrificios, y que estos sacrificios deben ser compartidos por todos los sectores sociales. La fórmula es, en apariencia, justa, pero efectivamente, a nuestro juicio, no lo es, porque hay ciertos sectores sociales que hasta el momento siguen disfrutando de ganancias considerables, que no han experimentado efectivo menoscabo en sus intereses y que, en muchos casos, han conseguido incluso acrecentarlos, precisamente aprovechando las dificultades económicas por que el País atraviesa.

La gran mayoría nacional, en cambio, constituida por asalariados, por hombres que viven de sus sueldos o salarios o de alguna remuneración directa por su trabajo personal, como los profesionales, no está en condiciones de hacer sacrificios. Por ejemplo, no es posible pedirle a los obreros chilenos que se sometan a la congelación de sus salarios, porque ello, en el hecho, significa un descenso aún mayor de sus niveles de vida, extraordinariamente insuficientes.

Sería justo, entonces, que en esta grave emergencia nacional, el peso de la crisis cayera sobre los sectores que hasta ahora han disfrutado de una situación excepcional.

El alza de las tarifas de la locomoción colectiva ha venido a colmar la paciencia pública. En sí misma, dicha alza no es ciertamente una de las que en forma más profunda y lamentable puede afectar los exiguos presupuestos de los chilenos. Pero es el punto en que ha venido a culminar el sordo descontento popular, y esta vez, como en oportunidades anteriores, les ha correspondido a los estudiantes salir a la calle a expresar aspiraciones impostergables y necesidades perentorias.

Frente a esta reacción ciudadana, ha habido un empleo indiscriminado y excesivo de la violencia policial; y la violencia, bien sabido es, engendra necesariamente la violencia. ¿Cómo podemos nosotros dejar de pensar que ha habido demasía en la forma en que la autoridad policial ha reprimido

las manifestaciones espontáneas de la calle, si ayer nada más, en un local policial, ha sido vejado un Parlamentario de nuestro partido, con pleno conocimiento de su investidura? Digo yo, si esto le sucede a una persona provista de fuero, ¿qué no le sucederá al ciudadano chileno común en circunstancias parecidas?

Dejo, desde luego, establecida mi protesta más severa por este acto que, al afectar a un Parlamentario, afecta a la dignidad del Congreso Nacional.

Todos hemos tenido conocimiento del aumento en la violencia de la represión. Ya no se trata sólo de ese método de compulsión, que parece ser el único practicable por nuestra institución policial, el uso de los bastones, sino que ahora también se han empleado las armas de fuego y, según se nos ha informado, hay numerosos heridos.

Me comunican en este momento que se ha producido una nueva escaramuza, en la que la fuerza pública ha hecho numerosos disparos.

Esta situación la estimo de suma gravedad. Hay una evidente protesta social, y no sabemos la magnitud que ella pueda adquirir el día de mañana y las proyecciones ulteriores que de ella deriven.

No es con bastones, ni con sables, ni con balas con lo que el Gobierno puede afianzar su autoridad y detener el movimiento del pueblo, sino mediante un serio y patriótico cambio de rumbos en su política.

La masa popular, en estos momentos, está defendiendo intereses vitales y, si bien es cierto que puede incurrir en demasías reprochables, no lo es menos que el Poder Público, superiormente consciente y con profundo sentido de su responsabilidad, debe enfrentarla con la máxima prudencia, agotando, antes de emplear la fuerza, todos los medios que sean necesarios para llegar a soluciones incruentas.

Los socialistas observamos con sincera inquietud ciudadana lo que, en estos momentos, sucede en Chile. Y, naturalmente, estamos con el movimiento popular.

El señor **Correa** (Presidente). — ¿Me permite, Honorable Senador?

Como ha llegado la hora...

El señor **Maza**.— Pido la palabra, señor Presidente.

El señor **González**.— Voy a terminar inmediatamente, señor Presidente.

El señor **Maza**.— Quisiera decir dos palabras. No ocuparé la atención del Senado por más de cinco minutos.

El señor **Correa** (Presidente).— Solicito el asentimiento de la Sala para prorrogar la hora hasta que el Honorable señor González dé término a sus observaciones.

Acordado.

Puede continuar Su Señoría.

El señor **González**.— Decía, señor Presidente, que nosotros, cumpliendo nuestro deber de partido popular, solidarizamos con este movimiento, que sólo tiende a algo fundamental: a que se realice en Chile una política que sea de efectivo beneficio para todos los chilenos.

El señor **Allende**.— ¿Me permite, señor Presidente?

Le he pedido una interrupción a mi Honorable colega, ya que, como hay otros Senadores inscritos para hacer uso de la palabra, no podré terciar en el debate.

Quiero aprovechar un instante para exponer sólo dos cosas: primero, que en una sesión venidera me haré cargo de los personales conceptos de nuestro Honorable colega señor Opass, sobre el socialismo, la intervención del Estado, la política liberal; y, en seguida, me haré cargo, especialmente, del escepticismo que ha manifestado respecto de los resultados obtenidos por la legislación social en nuestro país.

Comprendo que mucha gente mida la marcha de las instituciones por los presupuestos económicos, con olvido del presupuesto social, del capital humano, de la defensa del porvenir del pueblo. Sé que no es éste el criterio del Honorable colega, y no emplearía tampoco este tono para referirme a él. Lo respeto como Senador y, aunque no comparto sus conceptos, mis palabras no van destinadas a molestarlo personalmente; pero como ex representante del Senado ante el Consejo de la Caja de Seguro Obligatorio, no podría dejar, en una oportunidad propicia, de decirle lo que significa esta ley, patrocinada, en su gestación, por el Presidente del Senado, libe-

ral como él, y hecho realidad por un Senador conservador, el maestro y médico don Exequiel González.

Quiero, también, aprovechar la interrupción que me ha concedido mi Honorable colega y compañero señor González, para reafirmar que para nosotros, los socialistas, constituye en este instante un motivo de honda preocupación lo que está aconteciendo en Santiago. Ubicados, como estamos, en el terreno de una acción democrática leal y de una convivencia dentro de la legalidad, creemos que ningún ciudadano de la República puede mirar con indiferencia los sucesos que, desde hace cuarenta y ocho horas, está viviendo el País.

Señor Presidente, el que considere estos acontecimientos tan sólo como una asonada incubada, mantenida, creada y estimulada por el Partido Comunista, se equivoca; el que no vea en ellos un síntoma claro, preciso y serio de cansancio y profundo hastío, pierde la visión efectiva y real de lo que ocurre en las diversas capas sociales que viven estranguladas por este fenómeno tremendo de que su único medio de subsistencia, sus salarios y sueldos, se están desvalorizando día a día.

Los estudiantes de Chile, que, a lo largo de nuestra historia, han dado pruebas de una fina sensibilidad social, no con el sentido "hipersensible" que objetaba el Honorable señor Opaso, sino con el sentido dramático de los que, teniendo suficiente valor para reaccionar frente a los problemas comunes que azotan a cientos y miles de hombres, han volcado su inquietud en las calles de Santiago. Probablemente, no debieron hacerlo en la forma en que lo han hecho; probablemente, han excedido sus procedimientos; pero, para justificar esta reacción que, por lo demás, es propia de la juventud, hay que comprender cómo es la angustia en los hogares de los estudiantes universitarios y de aquellos estudiantes que, por su carencia casi absoluta de otros recursos, viven todavía más angustiados que los primeros. Esta misma reacción, también la compartieron en su época, hombres que hoy se sientan en los bancos liberales.

Para nosotros, los Senadores socialistas, esto es extraordinariamente serio, y

nos duele que un Presidente radical y que el Partido Radical estén en estos instantes enfrentados a hechos de esta magnitud; nos duele que las calles de Santiago sean nuevamente un teatro dramático donde se está derramando la sangre de nuestra juventud, lo que pone un interrogante grave sobre nuestra convivencia democrática. Nos duele, además, señor Presidente, que se busquen siempre a estas cosas explicaciones que ya no convencen ni pueden encontrar eco en ninguna conciencia que tenga conceptos claros de la realidad. Hemos visto la declaración emanada del Ministerio del Interior, en la que se culpa de lo sucedido exclusivamente a la agitación comunista.

Tengo a la mano un documento suscrito, no sólo por el Presidente de la Federación de Estudiantes de Chile, sino por todos los estudiantes que en este país tienen autoridad moral e intelectual, desde el momento que representan a sus compañeros, y que están agrupados en la Federación de Estudiantes de Chile y en las Federaciones de Estudiantes Católicos.

Firman este documento los siguientes dirigentes estudiantiles:

José Barzelatto, Presidente de la Federación de Estudiantes de Chile; Hugo Hesse, Presidente de la Federación de Estudiantes Mineros e Industriales de Chile; Carlos Vial, Presidente de la Federación de Estudiantes de la Universidad Católica de Chile; Salomón Corbalán, Presidente de la Federación de Estudiantes de la Universidad de Concepción; Elías González, Presidente de la Federación de Estudiantes de la Universidad de Chile de Valparaíso; Carlos Camus, Presidente de la Federación de Estudiantes de la Universidad Católica de Valparaíso; y Patricio Asenjo, Presidente de la Federación de Estudiantes de la Universidad Santa María.

Todos ellos protestan por las medidas tomadas contra estudiantes que, por aplicación torpe de la llamada Ley de Defensa de la Democracia, han sido tomados en sus casas o en los recintos de sus estudios, aprehendidos y maltratados durante horas, para luego ser puestos en libertad por no existir contra ellos ningún cargo serio.

Son estos errores, este clima de violen-

ral como él, y hecho realidad por un Senador conservador, el maestro y médico don Exequiel González.

Quiero, también, aprovechar la interrupción que me ha concedido mi Honorable colega y compañero señor González, para reafirmar que para nosotros, los socialistas, constituye en este instante un motivo de honda preocupación lo que está aconteciendo en Santiago. Ubicados, como estamos, en el terreno de una acción democrática leal y de una convivencia dentro de la legalidad, creemos que ningún ciudadano de la República puede mirar con indiferencia los sucesos que, desde hace cuarenta y ocho horas, está viviendo el País.

Señor Presidente, el que considere estos acontecimientos tan sólo como una asonada incubada, mantenida, creada y estimulada por el Partido Comunista, se equivoca; el que no vea en ellos un síntoma claro, preciso y serio de cansancio y profundo hastío, pierde la visión efectiva y real de lo que ocurre en las diversas capas sociales que viven estranguladas por este fenómeno tremendo de que su único medio de subsistencia, sus salarios y sueldos, se están desvalorizando día a día.

Los estudiantes de Chile, que, a lo largo de nuestra historia, han dado pruebas de una fina sensibilidad social, no con el sentido "hipersensible" que objetaba el Honorable señor Opaso, sino con el sentido dramático de los que, teniendo suficiente valor para reaccionar frente a los problemas comunes que azotan a cientos y miles de hombres, han volcado su inquietud en las calles de Santiago. Probablemente, no debieron hacerlo en la forma en que lo han hecho; probablemente, han excedido sus procedimientos; pero, para justificar esta reacción que, por lo demás, es propia de la juventud, hay que comprender cómo es la angustia en los hogares de los estudiantes universitarios y de aquellos estudiantes que, por su carencia casi absoluta de otros recursos, viven todavía más angustiados que los primeros. Esta misma reacción, también la compartieron en su época, hombres que hoy se sientan en los bancos liberales.

Para nosotros, los Senadores socialistas, esto es extraordinariamente serio, y

nos duele que un Presidente radical y que el Partido Radical estén en estos instantes enfrentados a hechos de esta magnitud; nos duele que las calles de Santiago sean nuevamente un teatro dramático donde se está derramando la sangre de nuestra juventud, lo que pone un interrogante grave sobre nuestra convivencia democrática. Nos duele, además, señor Presidente, que se busquen siempre a estas cosas explicaciones que ya no convencen ni pueden encontrar eco en ninguna conciencia que tenga conceptos claros de la realidad. Hemos visto la declaración emanada del Ministerio del Interior, en la que se culpa de lo sucedido exclusivamente a la agitación comunista.

Tengo a la mano un documento suscrito, no sólo por el Presidente de la Federación de Estudiantes de Chile, sino por todos los estudiantes que en este país tienen autoridad moral e intelectual, desde el momento que representan a sus compañeros, y que están agrupados en la Federación de Estudiantes de Chile y en las Federaciones de Estudiantes Católicos.

Firman este documento los siguientes dirigentes estudiantiles:

José Barzelatto, Presidente de la Federación de Estudiantes de Chile; Hugo Hesse, Presidente de la Federación de Estudiantes Mineros e Industriales de Chile; Carlos Vial, Presidente de la Federación de Estudiantes de la Universidad Católica de Chile; Salomón Corbalán, Presidente de la Federación de Estudiantes de la Universidad de Concepción; Elías González, Presidente de la Federación de Estudiantes de la Universidad de Chile de Valparaíso; Carlos Camus, Presidente de la Federación de Estudiantes de la Universidad Católica de Valparaíso; y Patricio Asenjo, Presidente de la Federación de Estudiantes de la Universidad Santa María.

Todos ellos protestan por las medidas tomadas contra estudiantes que, por aplicación torpe de la llamada Ley de Defensa de la Democracia, han sido tomados en sus casas o en los recintos de sus estudios, apriados y maltratados durante horas, para luego ser puestos en libertad por no existir contra ellos ningún cargo serio.

Son estos errores, este clima de violen-

lencia, a que no estamos acostumbrados en un régimen democrático, el que provoca esta inquietud que con tanta razón ha hecho presente aquí nuestro distinguido colega Honorable señor González, en su calidad de representante de un partido político popular, y sobre todo —aunque él no lo ha dicho, pero yo tengo el deber de señalarlo— en su calidad de maestro universitario, que lo hace sentir más intensamente la tremenda tragedia que en estos momentos vive la ciudad de Santiago y todo Chile.

Nosotros, que no hemos asumido una actitud demagógica, ni incitado a los estudiantes, ni impulsado este movimiento; nosotros, que no hemos lanzado a los estudiantes para estrellarlos contra las fuerzas de Carabineros; nosotros, desde aquí, le decimos al Gobierno de la República que es necesario que comprenda que lo que están haciendo los estudiantes de Chile es dar una voz de alarma frente a la inmensa inquietud que, desde Arica a Magallanes, azota a la República. Y el Gobierno y el Partido Radical tienen la obligación de meditar y pesar lo que está ocurriendo en el País.

Nada más, señor Presidente.

El señor **Correa** (Presidente). — Puedo continuar sus observaciones el Honorable señor González.

El señor **González**.— Voy a terminar, señor Presidente, manifestando que, si se quiere mantener la continuidad de nuestra convivencia democrática, en lo esencial que de ella subsista todavía después de la dictación de leyes que vulneran sus mismos fundamentos; si se quiere preservar el orden constitucional, que todos tenemos la obligación de cautelar, es necesario que el Gobierno se haga eco del clamor público que ha expresado y está expresando, con verdadero heroísmo cívico, nuestra juventud universitaria.

Nada más, señor Presidente.

El señor **Maza**.— Pido la palabra, señor Presidente.

El señor **Correa** (Presidente).— Ha llegado el término de la hora.

El señor **Maza**.— Pido que se me conceda la palabra por sólo cinco minutos, señor Presidente.

El señor **Correa** (Presidente).— Con el

asentimiento unánime de la Sala, puede usar de la palabra el Honorable señor Maza.

El señor **Maza**.— No voy a referirme a los profundos conceptos en torno a las filosofías liberal e interventora de que se ha hablado en esta sesión; sino a los hechos que están ocurriendo en nuestra ciudad. Al hacerlo, quiero formular un distinguo bien claro, a fin de que mis palabras no vayan a servir de amparo a quienes se están aprovechando del movimiento estudiantil que actualmente grita en la calle, pues a la sombra de ese movimiento, amparado en él, existe otro movimiento organizado; hay propagandistas venidos de provincia y gente que sale a la calle armada de martillos con el propósito deliberado de romper los vidrios de los microbuses y de los automóviles particulares.

Mis palabras no van a amparar a esos delincuentes. Mis palabras no son para que, al calor de ellas, ese movimiento organizado, que se vale de cualquier descontento, encuentre eco en el Senado.

El señor **González**.— Las nuestras tampoco, Honorable Senador.

El señor **Maza**.— Mis palabras, señor Presidente, van dirigidas a la otra parte del movimiento, a la parte idealista, a la que ha salido a la calle dando una voz de alarma, a la juventud que, con su protesta, señala a los Poderes Públicos que algo grave está ocurriendo en el País. Y tenemos la obligación y el deber de meditar profundamente en ello.

El señor **Allende**.— Estamos en completo acuerdo.

El señor **Maza**.— Negar que existe un malestar general es, a mi juicio, negar una evidencia. Y no debemos cerrar los ojos ante las evidencias. Esta situación se ha venido produciendo lentamente; lo declaro, en forma honorable, sin culpa del Gobierno sin culpa de los hombres que sinceramente han tratado de buscar remedio a un mal, en circunstancias, probablemente, que sean otros los remedios que habría que aplicar. La causa está en los salarios y en los emolumentos que reciben los asalariados. Diariamente estamos oyendo las protestas de las dueñas de casa, de la gente que recibe emolumentos fijos, porque no tienen cómo